

La muerte como imaginario social: una mirada de la modernidad a la postmodernidad cultural.

J. Pascual Mora-García`
Universidad de Los Andes
Núcleo Táchira
Mérida - Venezuela
pascualmora@caniv.nel

"Dejadme soñar, si ese sueño es mi vida, no me despertéis de él Creo en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad, que es la sustancia misma de mi vida. ¿Pero de veras creo en ello? ¿Y para qué quieres ser inmortal?, me preguntas, ¿para qué? No entiendo la pregunta francamente, porque es preguntar la razón de la razón, el fin del fin, el principio del principio"
(Miguel de Unamuno).

Resumen

La muerte es uno de los imaginarios de mayor significación en la historia del hombre. Desde el hombre de las cavernas hasta los mutantes generados por la tecnología de la sociedad postmoderna, ninguno ha podido escapar a su trasnocho existencial. Para el hombre occidental el tema de la muerte se ha transformado en una tanatofobia, simplemente porque intenta agotar su realidad en la Razón, olvidando que el cemento primigenio de la pregunta acerca de la muerte es la inmortalidad.

Palabras Claves: muerte, imaginario social, historia de las mentalidades

Death as social imaginary: a view modernity to cultural postmodernity

Abstract

Death is one of the imaginaries of great meaning in man's history. From the caveman through the mutants produced by the technology of postmodern society, no one of them has been able to escape from spending the night thinking about its existence. For the western man, the death theme has come to be a death fear, simply because it tries to consume completely its reality in the reason, forgetting that the original cement of the question concerning death is immortality.

Key Words: Death, social, imaginary, history of mentalities.

Intentaremos abordar uno de los temas que ha arrancado gritos de las entrañas del alma a los poetas de todos los tiempos, nada más y nada menos que de la "hermana muerte" según san Francisco de Asís, del "sueño de una sombra" de Píndaro, de la "vida es un sueño" de Calderón de la Barca, del "estamos hechos de la madera de los sueños" de Shakespeare. Tal ha sido la desesperación del hombre ante el problema de la muerte que la serpiente engañó a la primera pareja de enamorados al proponerle la inmortalidad: "seréis como dioses" (Génesis 111, S). Sin embargo, debemos advertir de entrada que el problema de la muerte no trasnocha por sí mismo, es el tema de la inmortalidad el que ha arrancado históricamente el culto a los muertos. El mismo Platón, en el Fedón, cuando trata el tema de la muerte no se refiere a ella como un ser per se, sino como un ser per accident, es decir, la muerte no es un punto de llegada sino una parte del proceso de la generación del ser. El ser per se es la inmortalidad, todo ser per accident desaparece, mientras el ser per se es inmortal. De allí que filosóficamente hablando cuando nos preocupa el problema de la muerte, no es la muerte sino la inmortalidad.

Los imaginarios a través de sus representaciones han dado cuenta del problema de la muerte con mayor riqueza que el Logos. Me propongo aquí hacer una lectura de la muerte desde el pathos más que desde el logos; el sentimiento ha demostrado ser más fuerte que la Razón Ilustrada. La sociedad actual en el debate acerca de la postmodernidad ha reivindicado el pensamiento débil frente a la Razón omnipotente. El Ser-para-la-muerte heideggeriano nos interpela permanentemente, vale decir, nos pregunta por nuestra posición frente a la muerte; aquí la neutralidad valorativa como en la ciencia tampoco existe, cada cual tiene su propio constructo. Por eso desde la filosofía hasta la historia de las mentalidades, la muerte se nos revela como un potente indicador del imaginario social, entre otras razones, porque hunde sus huellas en la cotidianidad, en los rasgos de la patología social, en los hábitos y costumbres.

1. La muerte: imaginario social

La muerte es uno de los imaginarios de mayor significación en la historia del hombre. Desde el hombre de las cavernas hasta los mutantes generados por la tecnología de la sociedad postmoderna ninguno ha podido escapar a su trasnocho existencial. Para el hombre occidental el tema de la muerte se ha transformado en una tanatofobia, simplemente porque intenta agotar su realidad en la Razón, olvidando que el cemento primigenio de la muerte son los imaginarios. Los imaginarios a través de sus representaciones han dado cuenta del problema de la muerte con mayor riqueza que el Logos; el Logos sólo posee la Razón para expresarse, pero los imaginarios poseen las representaciones: sean mitos, símbolos o señales. El hombre de la región Cantábrica dejó inmortalizada para la eternidad su trashumancia en las cuevas que hoy nos atestiguan su existencia; " cuando no se hacía para los vivos más que chozas de tierra o cabañas de paja que la intemperie ha destruido, elevábase túmulos para los muertos, y antes se empleó la piedra para las sepulturas que no para las habitaciones. Han vencido a los siglos por su fortaleza las casas de los muertos, no las de los vivos; no las moradas de paso sino las que queda. Este culto no a la muerte, sino a la inmortalidad, inicia y conserva las religiones." (Unamuno, 1931:39) Los imaginarios sociales viven de manera autónoma, a través de los mitos y los símbolos, desarrollándose de manera independiente de los proyectos y decisiones de los hombres.

De este modo el discurso sobre la muerte hay que indagarlo de manera retroprogresiva, vale decir, reconstruyendo las imágenes del pasado, pero también de modo progresivo ya que nos permite presentir las líneas de evolución posible de ese imaginario social. Por eso debemos hurgar en el inconsciente dinámico de la sociedad latinoamericana y venezolana para abordar el imaginario muerte, de hecho la muerte no es captada con la misma singularidad por un americano, un europeo o africano. A pesar del sincretismo cultural y racial latinoamericano es posible trazar algunas particularidades que nos diferencian acerca del problema de la muerte, por eso es posible encontrar diferencias entre el sentimiento ante la muerte de un mexicano y un venezolano, incluso entre un caraqueño y un andino tachirenses.

La muerte es una de las dimensiones básicas del ser humano, el nacer y el morir son rasgos inherentes al hombre de la misma manera que el amar y el odiar, - Freud mediante- el inconsciente del hombre está compuesto de dos cargas instintivas básicas: el instinto de vida (Eros) y el instinto de muerte (Tanatos). Desde ese punto de vista nuestra vida transcurre, o bien fundada en el instinto de vida, o bien en el instinto de destrucción o de muerte; depende de nuestra riqueza fundacional en el vientre de la madre y la primera infancia el que tengamos en nuestras vidas una personalidad de construcción, y así entonces seamos emprendedores, amorosos, seres con tolerancia y respeto a la diversidad. O en su

defecto, seres con una personalidad tanática, y entonces seamos destructivos, malévolos, poco tolerantes y perseguidores de la diferencia.

Sin el ánimo de ser maniqueo, pero con la firme convicción de que nuestra vida interior también es el reflejo de nuestra sociedad quisiera expresar que nuestra madre social: La Nación, también nos enseña a ser seres de luz o de sombras, si construimos una nación en donde prive el odio y no el amor, entonces tendremos seres que disfrutarán haciendo el mal, destruyendo, y en una palabra, una sociedad centrada en la cultura de la muerte y no en la cultura de la vida.

Cada día nacemos y morimos biológicamente, pero también nacemos y morimos socialmente, cada día nacemos para alguien o morimos para alguien, cada día nos posee el amor, pero al mismo tiempo, como designio inexorable de los dioses también está presente la despedida, el despecho, y el olvido. El gran Miguel de Unamuno nos recuerda la estrecha relación que hay entre el amor y la muerte y "cómo cuando nace en el corazón profundo un amoroso afecto, lánguido y cansado juntamente con él en el pecho, un deseo de morir se siente. A la mayor parte de los que se dan a sí mismos la muerte, es el amor el que les mueve el brazo, es el ansia suprema de la vida, de mas vida, de prolongar y perpetuar la vida lo que a la muerte les lleva, una vez persuadidos de la vanidad de su ansia. Trágico es el problema y de siempre, y cuanto más queramos de él huir, más vamos a dar en él." (Unamuno, 1937:42)

Pero como diría Platón " morir no es la única forma de dejar de ser" la muerte tiene muchas formas de manifestarse: desde la muerte física, la muerte psicológica, la muerte festiva, la muerte política, la muerte religiosa, etc. Pero ninguna tan sentida como "la muerte de Dios? (Nietzsche) que era el único garante de la inmortalidad del hombre. La Modernidad se empuñó en demostrar la "muerte de Dios" pero cuando cabo su tumba se dio cuenta que era muy pequeña, y pronto corrió a encontrar el cadáver de un hombre. La Muerte de Dios trajo consigo la Muerte del Hombre, -Foucault- y rápidamente el hombre devino en un ser solitario que llevó a Heidegger a decir, "nunca como antes se ha sabido tanto acerca del hombre, pero nunca como antes el hombre está tan sólo." La Postmodernidad nos anuncia el regreso de los brujos y de Dios, el regreso del esoterismo, de las religiones, de las sectas, del vudú; desde santones como Tagore, Krisnamurti, hasta Santa Sai Baba, todos tienen un espacio para captar nuevos babas cool, vale decir, en el momento que atravesamos cada quien prepara su propio coctel religioso. Pero cuidado!, mantengamos capacidad de discernimiento, no sea que convirtamos nuestras vidas en una fiesta de locos; si bien es verdad que en todos lados nos esperan, y que en cualquier esquina podemos cruzar, también es verdad que debemos tener la liviandad de la pluma aunque con la capacidad de dirección del pájaro.

La muerte también es un invitado en la fiesta, lo festivo es una manifestación de lo humano demasiado humano; lo festivo está íntimamente relacionado con el goce, y el goce no tiene límites, Dionisos no es para ser pensado, puesto que es: "experiencia viva: emociones, sentimientos, quejidos, llanto, expresiones corporales, etc. Manifestaciones a través de las cuales comienzan a tratar de expresarse vidas que fueron reprimidas por el consenso y que, en constante batalla por sobrevivir, fueron arrinconadas a marginalidades sociales y geográficas." (López Pedraza, 2000:68) Por eso, la fiesta es el escenario por naturaleza donde se manifiesta la virtud y la pasión, la vida y la muerte. Casi en todo ambiente festivo sobreviene la muerte cuando se llega al clímax del goce, y como efecto inmediato, se clausura la fiesta. Aspecto que García Lorca describió magistralmente en su ensayo: Teoría y juego del Duende (1967), y que Rafael López Pedraza (2000) nos analiza para decimos que el Duende es el daimon que atraviesa lo festivo, y que siempre que aparece estamos en presencia de la muerte; de la misma manera que

«en el toreo, el Duende aparece en las verónicas iniciales cuando el toro está entero o en la suerte suprema, cuando el torero entra a matar.» (Idem, 73)

En algún momento alguien me comento que « la fiesta no estuvo buena porque no hubo muertos.» Un poco para recordar que en lo festivo se revela las dos condiciones más profundas del ser humano: tánatos y eros; el instinto de muerte, y el instinto de vida y creación; aspecto que Federico Nietzsche (1881) en el Así habló Zaratustra expresó en forma de aforismo: "Antes tenías pasiones y las llamabas males. Pero ahora no tienes más que tus virtudes, que han nacido de tus pasiones. Estas pasiones se impregnaron en tus más altos fines, en tu corazón, y así se convirtieron en virtudes y alegrías (...) Antaño guardabas perros feroces en tu bodega, pero al fin se convirtieron en pájaros y en dulces cantarines." (Nietzsche, 1974:259) En la fiesta aparecen inicialmente los pájaros dulces y cantarines que devienen en perros feroces, y allí aparece el Duende como el estado sublime donde se fusionan Dionisos y Hermes: La orgía y la guerra.

2. La muerte, una mirada de la bioética a la biotecnología

La bioética como la ética tienen su centro de difusión y consolidación en la mentalidad colectiva, "pertenece la bioética al acervo de la memoria colectiva (...) la Bioética no es otra cosa que el reflejo de la interioridad humana del ethos propicio de la vida, con el cual se establecen las justas relaciones ecosistémicas del hombre con su entorno social y natural." (Cely, 1999:39) Pareciera ser que tenemos que actualizarlos también con respecto al problema de la muerte en la sociedad postmoderna. Pues la muerte dejó de ser un problema del hogar, ahora por antonomasia es un problema que se dirime en la clínica; antes teníamos buena muerte hoy tenemos muerte dulce; antes la muerte era compartida en la intimidad familiar y los amigos, hoy es un fenómeno aislado, pasivo; antes la muerte era rápida, ahora la muerte es lenta, prolongada; antes acompañábamos el moribundo, ahora hablamos del moribundo; hoy la muerte dejó de ser una realidad existencial para pasar a tener un apellido: muerte encefálica, muerte clínica, muerte asistida; en fin, la muerte dejó de ser un asunto personal para pasar a formar parte a un proceso intersubjetivo, de allí la aparición de los llamados comités de bioética en las clínicas y hospitales.

Hoy impera-discutir acerca de la muerte con un sentido bioético, porque pareciera ser que "no sabemos tratar al enfermo que puede morir, por eso aliviarnos nuestra conciencia enviándolo al hospital para la agonía y la muerte limpia, higiénicas, técnicas más solitarias y deshumanas. Transformamos la muerte en un problema técnico y por eso creamos las empresas, los técnicos más calificados capaces de prolongar la agonía de un hombre, más incapaces de devolver la vida, la vida con sentido. Hacemos interminables discusiones sobre la moralidad de interrumpir la vida artificialmente prolongada y no discutimos en ningún momento la moralidad de ese prolongamiento." (De Sousa Martins en Francapani y otros, 1999: 266)

He aquí la necesidad de discutir desde el punto de vista bioético las tendencias más adecuadas para apuntalar. éticamente el acto médico, la bioética se encuentra en una encrucijada entre la ética deontológica y la ética utilitarista, y en ese sentido, ¿cuál ética aplicar? una ética centrada en el deber ser de inspiración kantiana, o la ética del fin justifica los medios.

La respuesta no puede ser simplista, hay que complejizar el debate, el problema no nos remite a un problema de métodos y metodologías para aprender a ser éticos, ya Platón en el Menón había dejado claro que el problema de la virtud era algo complejo, que no podía ser reducido a un problema de enseñanza, o a un problema de ejercitarse como quien se ejercita en el arte de la esgrima, o que el ser virtuoso adviene en el hombre por naturaleza. Jacques Maritain, por su parte, nos alertaba

que los valores no pueden ser enseñados como quien enseña un curso sabatino, el problema nos remite a una situación problemática mayor, y es que la bioética no sólo es un problema intercultural, sino un problema que debe ser abordado intersubjetivamente e interdisciplinariamente. Pero a pesar de todo, hay algunos pasos que podemos intentar, Morin nos hablaba de la construcción de una ciencia con conciencia, se trata en este sentido de mirar bioéticamente la biotecnología. No se trata de diabolizar o endiosar a priori la biotecnología, sino de rescatar la fuerza humanizante tan esquiva en quienes se dedican a hacer tecnociencia. En principio destacaremos tres posiciones epistemológicas que deben superarse al interno de quienes se dedican a hacer tecnociencia: en primer lugar, superar la pretendida neutralidad valorativa de la ciencia, bajo el supuesto de que no hay que ponerle fronteras a la búsqueda de la verdad científica, me refiero a aquellos que no conciben su trabajo ni como bueno ni como malo, sino como neutro. En segundo lugar, superar el criterio de que todo acto científico es por naturaleza bueno, y en ese sentido, todo lo que es técnicamente posible es éticamente realizable y necesario. Este prejuicio estaba apuntalado por la ciencia experimental centrada en el paradigma positivista, y frente a ese se incorpora el paradigma postpositivista (Kuhn, Popper, *Toulmin*, *Latour y Woolgar*, *Lyotard*, *Deleuze y Guattari*) como alternativa que demuestra que el criterio absolutista de la ciencia está en desgracia. La postmodernidad ha rescatado para el conocimiento todas las formas de saber, ante la crisis ocasionada por la arrogancia de la Razón Ilustrada, el otrora denominado pensamiento débil, es así, como aflora para la comprensión del mundo el conjunto de fragmentos de verdad, y no la verdad única. Desde la intuición, el mito, las estructuras lúdicas, la poética, las artes plásticas, el yoga, la rizo terapia, la oración profunda, la meditación trascendental, la curación a través de las manos, todas son técnicas que en el mercado de la vida han demostrado tener una parte de la verdad. No se trata aquí de defender posiciones a ultranza sino de manifestar que el logocentrismo que acompañó la ciencia experimental durante siglos hoy vive sus últimos días. Impera, pues, una tolerancia epistemológica, en donde, el respecto a las culturas regionales sea la máxima. En tercer lugar, se debe superar el divorcio entre las denominadas ciencias duras y las ciencias sociales, de hecho en los llamados comités de bioética se fusionan interdisciplinariamente el médico y el teólogo, el internista y el filósofo, el especialista y el abogado, el enfermero y el administrador, el ministro religioso y la comunidad.

Los comités de bioética deben ser una necesidad en nuestras universidades, sorprende que no se discuta sistemáticamente acerca de la biotecnología ambiental: biodiversidad control biológico biofertilizante, bioinsectisidad y bioherbicida, estrategias de control a las células manipuladas genéticamente, a los organismos transgénicos y los posibles problemas ambientales, etc. Tampoco se discute sobre la biorremediación: diferentes cepas de microorganismos pueden aislarse para controlar diferentes formas de contaminación química, por ejemplo, degradación de biocidas, detergentes, material plástico, etc. Tampoco se discute en las cátedras sobre los alcances de la ingeniería genética humana. Conviene hacer un apartado especial para analizar la bioética de la biomedicina, en principio para reconocer los grandes aportes que la biotecnología ha venido haciendo a la salud humana y sentimos un inmenso orgullo que los avances tecnocientíficos tienen la intencionalidad de mejorar nuestra calidad de vida. Pero al mismo tiempo para mantener la vigilancia epistemológica (Bachelard) de un proceso que está en su etapa de florecimiento, el problema de la vida es tan importante que todos debemos involucrarnos en su destino. Nadie debe renunciar a discutir el desideratum de su cadena biológica.

LA MUERTE EN LA MODERNIDAD:	LA MUERTE EN LA POSTMODERNIDAD:
<ol style="list-style-type: none"> 1. La muerte se esperaba en el hogar, o en comunión con amigos. 2. Se imploraba la buena muerte. 3. El moribundo tenía conciencia de la muerte. 4. Según la enfermedad era rápida, no intervenían elementos tecnológicos. 5. El moribundo podía disponer de su creencias como última esperanza. 6. El moribundo hablaba con los familiares. 7. Los niños participaban del rito de la muerte. 8. La muerte permitía una reflexión sobre los valores de la vida. 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Se muere en el hospital o en la clínica, en soledad. 2. Se prefiere la muerte dulce. 3. La tecnología aísla al moribundo. 4. La tecnología prolonga la muerte, pero no la calidad de la vida. 5. El moribundo muere sólo apuntalado por la tecnología. 6. Los familiares hablan del moribundo. 7. Los niños son alejados. 8. La artificialidad suplanta la dimensión profunda del sentimiento del hombre frente a la muerte.

Bibliografía

1. Cely Galindo, Gilberto (1999) *La bioética en la sociedad del conocimiento*. -R Editores: Bogotá.
2. Francapani de Cuitiño, Marta y otros. *Bioética, sus instituciones*. Lunien: Argentina.
3. Unarnuno, Miguel de. (1937) *Del sentimiento trágico de la vida*. Editorial Cultura: Santiago de Chile.